

III. Sistema de partidos	31
1. Características fundamentales	31
2. Principales partidos políticos tradicionales	34
2.1. Partido Liberal Democrático (PLD)	36
2.2. Partido Social Demócrata (PSD)	39
2.3. Partido Comunista del Japón (PCJ)	40
2.4. Partido del Gobierno Limpio (<i>Komeito</i>)	41
2.5. Partido Democrático Social (PDS)	42
3. Crisis política y nuevos partidos	42
3.1. La elección general de 1993 y sus secuelas	42
3.2. Las elecciones de 1996 y el fracaso del Partido Nueva Frontera	47

III. SISTEMA DE PARTIDOS

1. Características fundamentales

La democracia parlamentaria que empezó a regir en Japón a partir de 1947 es similar a los sistemas del mismo tipo que existen en la mayor parte de las naciones de Europa occidental, en Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Esto es, presenta las principales características de los regímenes parlamentarios: plena responsabilidad gubernamental frente al Parlamento, presencia de un jefe de Estado sin facultades ejecutivas reales, sufragio universal, celebración periódica de elecciones generales, etcétera. Sin embargo, la política japonesa se distingue por su carácter original pues mantiene importantes rasgos propios.

Entre las principales particularidades del sistema político del Japón destacan la estrecha y muy especial relación entre la empresa privada y la clase política, el faccionalismo al interior de los partidos, el sistema electoral, la preeminencia de la estructura burocrática estatal sobre las instituciones políticas y la paradójica combinación de un régimen de partido dominante dentro de un contexto de inestabilidad gubernamental (sobre todo a partir de 1972).

En este contexto, resalta la enorme influencia que ejercen las empresas privadas dentro de los partidos políticos de filiación conservadora o liberal, sobre todo (a partir de 1955) dentro del Partido Liberal Democrático. Desde luego, es un hecho que en la totalidad de las democracias modernas la iniciativa privada se ha convertido en un “grupo de presión” que busca apoyar a los candidatos más afines a sus intereses, pero el vínculo empresa-

rios-políticos en Japón es algo mucho más profundo y complejo que se relaciona con la tradición del “clan” japonés. La influencia del gran capital en la política tiene como origen fundamental el deseo de garantizar un clima propicio para los negocios y, en el caso particular de cada empresa, la necesidad de que sus intereses particulares no sean afectados. En Japón, la relación empresarios-políticos va más allá del simple financiamiento de campañas o de la labor de “cabildeo” al interior del trabajo parlamentario: se trata de estrechas alianzas que involucran aspectos políticos, sociales y hasta familiares. Estos clanes político-empresariales son resultado de afinidades que se van formando durante décadas. Políticos y empresarios, que se conocen muchas veces desde la infancia, forman el núcleo de estos pactos inquebrantables, que incluso llegan a ser hereditarios. Ni siquiera queda claro cuáles son los beneficios concretos a los que aspira un empresario como producto de estos poderosos contubernios, ni tampoco qué tan indispensable resulta para un político el sostener dichos compromisos, pero lo cierto es que los vínculos empresarios-políticos son esenciales dentro del sistema.

El resultado de la formación de “clanes” político-empresariales ha sido el agudo faccionalismo que prevalece al interior de los partidos conservadores. Al igual que el activismo político de la iniciativa privada, el faccionalismo no es un fenómeno privativo del Japón. Divisiones internas y el surgimiento de tendencias y facciones están más o menos presentes en casi todos los partidos democráticos del mundo. Sin embargo, el faccionalismo japonés es algo especial. Se trata de la formación de verdaderas familias políticas que observan una estricta fidelidad hacia un solo dirigente, por encima del respeto a la estructura partidista. Por otra parte, las diferencias de opinión entre las facciones por lo general no son de carácter ideológico, como sucede por lo regular en Occidente, sino que tienen su origen en rivalidades personales y en la disputa por la influencia y el poder.

Otra singularidad es la supremacía que tienen las estructuras burocráticas sobre las instituciones políticas. Los ministerios, sobre todo el de Comercio Exterior (MITI) y el de Finanzas, son verdaderos “Estados dentro del Estado”, dueños de un elevado

grado de independencia con respecto a la Dieta, al gabinete e, incluso, al primer ministro. El poderío del andamiaje burocrático tuvo su origen en el *boom* económico de los años sesenta, cuando los gobiernos japoneses decidieron otorgar a los ministerios grados considerables de autonomía con el propósito de que su labor no fuera “contaminada” por la, muchas veces, “caprichosa” política. El proceso de toma de decisiones recaía cada vez más en la alta burocracia, en detrimento de los organismos electos, misma que priorizaba los objetivos del crecimiento económico a ultranza y posponía el tratamiento de otros aspectos importantes de la vida pública del país. La estructura burocrática se convirtió, así, en una fuente alternativa informal de poder que recuerda, en buena medida, a las dualidades de la Constitución de 1889. Pero en vez de ser el ejército el beneficiado por la existencia de “estructuras especiales”, en la actualidad son los intereses de los grandes grupos empresariales y financieros los favorecidos, pues mantienen un estrecho contacto con la burocracia estatal.

Otro rasgo distintivo del sistema japonés se refiere a la existencia, a partir de mediados de la década de los cincuenta, de un régimen de partido dominante en un ambiente de inestabilidad gubernamental. En efecto, como consecuencia de la fusión, en 1955, de los dos principales partidos conservadores de ese momento (el Liberal y el Democrático) surgió un “superpartido” cuya enorme fortaleza electoral garantizó su predominio sobre la política del país por casi cuatro décadas. Durante esta etapa el Partido Liberal Democrático fue capaz de conseguir la mayoría parlamentaria absoluta en casi todos los comicios generales, lo que le permitió gobernar al país sin la necesidad de formar coalición con ninguna otra organización política. Por regla general, cuando un partido consigue imponer una hegemonía semejante la estabilidad gubernamental está casi garantizada, ya que no existe el peligro de que ocurran súbitos rompimientos de coaliciones ni “votos de no confianza” que obliguen al gobierno a dimitir. Sin embargo, en Japón ha prevalecido (excepto en los años sesenta, que se caracterizaron por un espectacular crecimiento económico) una gran inestabilidad parlamentaria, como lo prueba el hecho de que a partir de la fundación del PLD se han formado y

disuelto casi una veintena de gobiernos. La inestabilidad ha sido consecuencia del faccionalismo, que para efectos de la formación de gobiernos ha funcionado como si dentro del PLD existieran por lo menos una decena de distintos partidos políticos. La ausencia de un gobierno fuerte y constante ha sido una de las causas del fortalecimiento de la burocracia estatal, menos dependiente de los vaivenes de la política.

2. Principales partidos políticos tradicionales

Las presiones para lograr una mayor apertura del sistema político se incrementaron al finalizar la Primera Guerra Mundial. El triunfo aliado en el conflicto (donde Japón había actuado en combinación con los ganadores) fortaleció el prestigio internacional de los principios del liberalismo democrático. Japón no podía sustraerse a esta corriente que, como se demostrará más adelante, estaría destinada a ser bastante efímera. Por algunos años el militarismo cedió algo de terreno. Los nuevos protagonistas políticos, representantes de los sectores asociados al desarrollo económico y a la urbanización, estaban reemplazando a la vieja oligarquía.

Como resultado de esta lucha por el poder se instauró en Japón un sistema de partidos en el que destacaban los intereses de los principales grupos de poder: la alta burocracia (*mombatsu*), los grandes capitalistas (*zaibatsu*), los terratenientes y las fuerzas armadas. A partir de 1918, tres partidos dominaron el panorama político. La fórmula oficialista se presentaba a través del *Seiyukai*, representante de las fuerzas más conservadoras del gobierno y fiel aliado de los militares. Por su parte, el Partido *Minseito* fungió como defensor de los intereses de los grandes empresarios y terratenientes. Por último, estaba el *Doshikai*, también ligado a industriales y empresarios. Las principales demandas tanto del *Seiyukai* como del *Doshikai* eran la ampliación del sufragio y la imposición de la responsabilidad gubernamental ante el Parlamento.

Casi todos los partidos políticos japoneses de este periodo tenían como característica común ser defensores de los intereses empresariales, con lo que se inauguró en Japón una práctica que

subsiste con fuerza hasta la fecha: la intervención de los empresarios privados en política. Para nadie era un secreto que las empresas privadas destinaban cuantiosos recursos económicos al subsidio de partidos y de parlamentarios favorables a sus intereses. Este fenómeno dio lugar a una progresiva corrupción, lo que contribuyó a desprestigiar a los partidos. En este sentido, resalta que la corrupción y la financiación ilícita de partidos y parlamentarios registradas en los años veinte tenga mucho parecido a situaciones similares que han invadido a la política japonesa durante las últimas dos décadas y que han sido el origen del proceso de reforma política que vive el país en la actualidad.

En los años veinte la disputa política más importante fue el enfrentamiento entre los intereses militares y los civiles. El ejército, siempre dueño de un poderoso ascendiente, pretendía controlar al gobierno para que éste apoyara incondicionalmente la expansión imperialista del país en el Pacífico y en Asia oriental. Por su parte, los partidos liberales y centristas deseaban consolidar el sistema parlamentario y moderar el poder de las fuerzas armadas hasta donde fuera posible. En esta etapa las tendencias reformistas lograron imponer sus criterios. La importancia del Parlamento creció al acentuarse la responsabilidad gubernamental frente al Legislativo. Poco después, en 1925, se aprobó una legislación para ampliar el voto, en virtud de la cual podrían sufragar en las elecciones para la Cámara de Representantes todos los varones mayores de edad. Incluso la política internacional del país abandonó algo de su tradicional beligerancia. Japón decidió sumarse a iniciativas pacifistas lanzadas en la época, como el pacto Briand-Kellog, que proscribió a la guerra como “instrumento de la política exterior de los Estados”. Asimismo, el país ingresó a la Sociedad de Naciones y se convirtió en uno de los miembros del Consejo.

De esta forma, durante un breve periodo, los partidos de corte liberal intentaron guiar al sistema político por la senda de la democracia liberal. Pero la situación no tardaría en revertirse. Prevalecía en el país una grave inestabilidad gubernamental producto de las ambigüedades y dualismos presentes en la Constitución. La inestabilidad japonesa se parecía mucho a la que, a la sazón,

afectaba a varias democracias occidentales, como la República de Weimar. Las constantes crisis gubernamentales, la ineficacia parlamentaria y la corrupción desprestigiaban al sistema y lo debilitaban. Además, abundaban organizaciones radicales tanto de extrema derecha como de extrema izquierda que optaban por el terrorismo y la “acción directa” con la intención de minar al parlamentarismo.

En 1930, en medio de una grave crisis política, el panorama internacional volvió a nublarse. Las tensiones nacionalistas amenazaban con estallar en cualquier momento. Esta era la llamada que esperaban los militares japoneses y en mayo de 1932 dieron un golpe de Estado. En adelante, el sistema de partidos quedó nulificado y aunque formalmente seguían funcionando las instituciones emanadas de la Constitución el poder pasó por completo a manos del ejército. El país en su totalidad se concentró en la preparación de la guerra. El nacionalismo expansionista había triunfado sobre el liberalismo.

Finalmente, en 1940 fueron disueltos todos los partidos. Durante la guerra, la Constitución de 1889 conservó su vigencia formal y la Dieta se mantuvo en funciones. Incluso en 1942 se celebraron comicios generales para renovar al Parlamento, aunque el gobierno presentó una lista oficial que casi no enfrentó oposición. Asimismo, los militares lograron comprometer en el esfuerzo bélico a la gran industria, lo que estrechó aún más los nexos entre empresas privadas y burocracia política.

2.1. *Partido Liberal Democrático (PLD, Jiyu Minshuto)*

Durante los años de la ocupación estadounidense se formaron en Japón los partidos políticos que determinaron el perfil del sistema político durante la posguerra. Dos fueron las principales organizaciones de derecha: el Partido Liberal y el Partido Progresista Demócrata. Los liberales eran dirigidos por Shigeru Yoshida, muy activo en política y diplomacia durante la etapa de entreguerras, quien era el representante del sector antimilitarista. El Partido Liberal fue capaz de conseguir, con una amplia venta-

ja sobre sus rivales, la mayoría de los escaños en la Cámara de Representantes en los comicios generales de 1946, 1949, 1952 y 1953. La excepción fue la elección de 1947. El poderío liberal permitió a Yoshida fungir como primer ministro durante casi la totalidad de este periodo, tan crítico en la reconstrucción del país y en la firma de los tratados de paz. Por su parte, los progresistas representaban un grupo conservador mucho más pequeño hasta que a finales de 1954 se les unió Ichiro Hatoyama, uno de los más importantes dirigentes del Partido Liberal, quien defecionó tras haberse enemistado con Yoshida. Para las elecciones de febrero de 1955 los progresistas fundaron, junto con el grupo de Hatoyama, el Partido Demócrata Japonés, que consiguió arrebatarse a los liberales la mayoría parlamentaria y Hatoyama relevó a Yoshida como primer ministro.

Tanto los liberales como los progresistas demócratas eran herederos directos de los partidos constitucionalistas de la preguerra. Se trataba de organizaciones conservadoras al interior de las cuales imperaba un agudo faccionalismo, fieles defensoras del *zaibatsu* (intereses capitalistas) y favorables a mantener una alianza incondicional con Estados Unidos.

El Partido Liberal Democrático, agrupación política dominante en Japón durante décadas, fue fundado en noviembre de 1955 a partir de la fusión de los dos principales partidos de tendencia conservadora del país: el Partido Liberal y el Partido Progresista Demócrata de Japón. Esta unificación se celebró como resultado del fin de la disputa que durante años sostuvieron dos de los principales grupos políticos nacionales, uno encabezado por Yoshida y otro por Hatoyama. En los cruciales comicios de febrero de 1955, el Partido Liberal Democrático logró derrotar a los liberales al conseguir 185 escaños, contra 112 de sus rivales. Poco tiempo antes, en diciembre de 1954, Hatoyama había logrado la dimisión de Yoshida, luego de que una buena parte de las facciones dentro del Partido Liberal desertaran para unirse al recién creado Partido Liberal Democrático. Tras su derrota en las urnas, Yoshida decidió retirarse de la política, lo que facilitó la fusión que dio origen al PLD.

Al igual que su rival Yoshida, Hatoyama fue un político antimilitarista de la preguerra y durante los años de la ocupación

aliada se dedicó a organizar al Partido Liberal. Sin embargo, los estadounidenses impidieron a Hatoyama asumir un escaño parlamentario, argumentando que había colaborado durante la guerra con el régimen militar. En 1952, tras el retiro estadounidense de Japón, Hatoyama ingresó al Parlamento, dirigiendo una importante facción que no tardaría en enemistarse con el grupo del primer ministro Yoshida. Como primer ministro, Hatoyama sólo pudo encabezar tres breves administraciones de 1954 a 1956. Fueron sus sucesores, Kishi e Ikeda, quienes lograron consolidar al PLD como la principal fuerza política del país.

El PLD fue creado, también, como repuesta a la unificación que las corrientes socialistas efectuaron ese mismo año y que diera origen al Partido Socialista Japonés. También influyeron en la fundación del PLD de manera importante, las presiones ejercidas por sectores de la empresa privada, los cuales deseaban que sus intereses fueran representados por una única organización que lograra establecer una hegemonía indiscutible en el gobierno.

Igual que con sus dos inmediatos antecesores, la principal característica del PLD, además de su conservadurismo, en lo social, y sus políticas pro iniciativa privada, en lo económico, es el faccionalismo. La existencia de un buen número de facciones grandes y pequeñas ha determinado la vida del partido, al grado que el PLD parece más bien una “coalición de partidos” que una organización homogénea. Las facciones son grupos de políticos que se aglutinan alrededor de algún líder o personaje influyente dentro del Parlamento o del gobierno, de tal suerte que son conocidas con el nombre del dirigente en cuestión (por ejemplo, facción Ikeda, facción Takeshita, facción Nakasone, etcétera). Como se ha comentado, las diferencias entre las facciones rara vez son de carácter ideológico o programático. Tienen que ver, más bien, con la lucha por el poder y la influencia dentro del partido. Además, es sabido que empresas importantes patrocinan económicamente a las facciones que se dedican a defender sus intereses en la Dieta. Cabe decir que el financiamiento a partidos y campañas electorales está muy poco regulado en Japón, situación que ha permitido la constante injerencia del *zaibatsu* dentro del PLD.

La lucha entre las facciones se manifiesta con todo su encono en el momento de elegir al presidente del partido. Es entonces cuando los grandes “padrinos” que aspiran al puesto en cuestión movilizan a todas sus fuerzas para lograr ya sea ser nombrados ellos o, por lo menos, que lo sea uno de sus protegidos. La sorda lucha entre las facciones por obtener la presidencia del partido (y, por lo tanto, la jefatura del gobierno) ha provocado en Japón una inestabilidad gubernamental parecida a la italiana. Resulta paradójico que Japón, país en el que formalmente ha funcionado un sistema de partido dominante, haya tenido 18 distintos primeros ministros desde la fundación del PLD.

El faccionalismo exacerbado y la poca regulación del financiamiento a los partidos han dado lugar a una notable corrupción, presente en el país incluso desde antes del final de la ocupación militar. Ya en 1948 el primer ministro Hiroshi Ashida fue forzado a dimitir a raíz de un escándalo financiero.

Sin embargo, ni el faccionalismo, ni la corrupción, ni la inestabilidad gubernamental fueron obstáculos para el desarrollo económico de Japón. De hecho el éxito del modelo económico japonés ha sido la principal causa del dominio ejercido por el PLD durante casi 40 años.

2.2. *Partido Social Demócrata (PSD)*

También la izquierda se organizó en partidos. Antes de la guerra esta orientación política había sido ferozmente reprimida y los pocos partidos socialistas autorizados a participar en las elecciones se limitaron a desempeñar un papel marginal. Pero durante la ocupación, los estadounidenses permitieron la formación de partidos comunistas y socialistas, así como la fundación de poderosos sindicatos. En 1946 fue fundado el Partido Socialista, liderado por Tetsu Katayama. En 1947 los socialistas triunfaron en las elecciones generales, con lo que Katayama se convirtió en el primer socialista (y, hasta la fecha, el único) en ser nombrado jefe de gobierno. En febrero de 1948 Katayama dimitió debido a las intensas pugnas que al interior de su partido protagonizaban los secto-

res moderados y radicales. La conducción de la economía (aplicación o no de un profundo programa de nacionalizaciones) y el carácter futuro de la relación con Estados Unidos eran las principales diferencias. Éstas finalmente llevaron al partido a una grave escisión que dio lugar a la formación de dos organizaciones distintas, una moderada y la otra radical.

Sin embargo, los resultados conseguidos por las dos formaciones socialistas en los comicios de febrero de 1955 (entre los dos consiguieron ganar 156 escaños) impulsaron a los dirigentes a la reunificación. En octubre de 1955 los moderados, los radicales y otras organizaciones izquierdistas más pequeñas decidieron fusionarse en una sola organización para dar vida al Partido Socialista del Japón (PSJ), el cual desde entonces y hasta 1993 (año en que cambió de nombre a Partido Social Demócrata) fungió como la principal formación de oposición.

La principal fuerza del PSD reside en el apoyo que tradicionalmente le ha ofrecido el *Sohyo*, la unión sindical más importante del país. El *Sohyo* es la principal fuente de financiamiento del partido, además de que lo provee de buena parte de sus cuadros dirigentes.

2.3. *Partido Comunista del Japón (PCJ, Nihon Kiosanto)*

También en 1946 fue legalizado el Partido Comunista del Japón (PCJ), que había sido fundado en 1922 en la clandestinidad. Los comunistas habían sido proscritos durante los años de la hegemonía militar y por ello constituyó toda una novedad –que no dejó de molestar a las sensibilidades más anticomunistas tanto japonesas como estadounidenses– el hecho de que MacArthur accediera a excarcelar a sus dirigentes y permitiera que su partido participara en las elecciones. Sin embargo, con el advenimiento de la Guerra Fría, los comunistas fueron víctimas de una “caza de brujas”. El partido mantuvo una filiación pro China durante los primeros años de la posguerra, hasta que a mediados de los años sesenta la irrupción de la Revolución Cultural en China provocó que el PCJ se alejara ideológicamente de Pekín para adoptar

una línea más moderada, semejante a la del denominado “eurocomunismo”. Pese a toda la expectación creada a su alrededor, los comunistas nunca han logrado obtener porcentajes de votación realmente significativos, por lo que se han mantenido como una fuerza política de escasa trascendencia.

2.4. *Partido del Gobierno Limpio (Komeito)*

A principios de la década de los sesenta, una secta de orientación budista con aspiraciones de reforma social, denominada *Soka Gakkai*, comenzó a tener mucha actividad en Japón. Algunos de sus dirigentes, hartos de lo que ellos llamaban “la gran corrupción de los partidos” e inspirados en las enseñanzas del budismo, fundaron *Komeito* con el propósito de “sanear el mundo político”.

En mayo de 1964 se celebró la asamblea constitutiva del partido bajo la dirección de Daisaku Ikeda. Quedaron entonces establecidos los parámetros ideológicos y programáticos del partido al aprobarse una declaración de principios que establecía como postulados fundamentales intentar una fusión del budismo con la política, construir una “democracia budista” comprometida con la purificación de la política japonesa, establecer las bases de un auténtico sistema parlamentario, hundir sus raíces profundamente en las masas y luchar por el bienestar del pueblo. Además, *Komeito* estableció para sí un cariz marcadamente pacifista al declararse en favor de un “nacionalismo global” respetuoso de los derechos de los demás pueblos del mundo “para procurar un marco de paz duradera”.

Komeito pronto se convirtió en un partido atractivo para grupos urbanos de clases medias que estaban descontentos con la corrupción y que suscribían el discurso de la purificación budista. Sin embargo, el partido jamás presentó al electorado una alternativa verdaderamente integral de gobierno, por lo que sus fortunas electorales variaron considerablemente. Pese a ello, *Komeito* contó, desde su fundación y hasta los años noventa, con la tercera fracción parlamentaria más grande en la Cámara baja de la Dieta.

2.5. *Partido Democrático Social (PDS, Minshu Shakaito)*

Fue fundado en 1960 luego de que el sector más moderado del Partido Socialista decidió separarse de éste como protesta por las posiciones “demasiado radicales” que, a juicio de los disidentes, había asumido la dirigencia partidista sobre todo en lo concerniente a los temas de política exterior. En un principio, la formación en Japón de un partido de tendencia socialdemócrata abrió grandes expectativas. Se supuso que, al fin, el PLD tendría enfrente a una oposición plausible que superara al radicalismo de socialistas y comunistas. Pero los demócratas sociales nunca fueron capaces de despegar electoralmente y quedaron constantemente relegados al cuarto o quinto lugar de las preferencias, incluso algunas veces por detrás de los comunistas.

El PDS ha sido muy popular en los grandes centros urbanos, sobre todo entre profesionistas, intelectuales, trabajadores especializados y algunos pequeños empresarios.

3. Crisis política y nuevos partidos

3.1. *La elección general de 1993 y sus secuelas*

Las elecciones generales del 18 de julio de 1993 han sido consideradas como las más importantes de la historia contemporánea de Japón. En ellas, el Partido Liberal Democrático fue obligado, por primera vez en su historia, a abandonar el poder para ser sustituido por una coalición formada por seis distintos partidos políticos y apoyada por un puñado de parlamentarios independientes.

Los dos asuntos que acapararon el interés del electorado fueron la corrupción y la reforma política. Como se ha mencionado, el tema de la corrupción ha sido neurálgico en Japón durante las últimas dos décadas debido en gran parte al financiamiento poco regulado a los partidos y facciones, lo cual ha dado lugar a la intervención sin límite de empresas privadas y de particulares en la política. Esta situación, que había alcanzado niveles sin precedente ya desde finales de los años setenta, llegó a su límite en

1989 al descubrirse que la empresa *Recruit* tenía tratos encubiertos con importantes personalidades públicas. El PLD se encontró súbitamente en serios aprietos ante el rechazo que los electores le manifestaban en las urnas elección tras elección. Sólo la presencia efímera de un *outsider* al frente de la jefatura de gobierno, Toshiki Kaifu, quien se preocupó por atender el problema de la reforma política, evitó que los desgajamientos que sufría el PLD se adelantaran. Sin embargo, los líderes de las facciones reaccionaron destituyendo a Kaifu e imponiendo a Miyasawa, personaje abiertamente comprometido con el *establishment* del partido.

La cerrazón de la dirigencia del PLD orilló a varios parlamentarios pro reformistas a abandonar al partido para crear por su cuenta nuevas organizaciones. Lo que derrumbó al gobierno de Miyasawa fue el voto de no confianza de 58 disidentes del PLD, los cuales ahora están en tres nuevas organizaciones políticas: el Partido del Nuevo Japón (PNJ), el *Sakigake* y el *Shinseito*.

La campaña electoral estuvo centrada en la reforma política, aunque también el declive de la economía (que ha padecido Japón desde principios de la presente década), la proliferación de la mafia y el descenso del nivel de vida de la mayor parte de los japoneses fueron temas tratados por todos los partidos. El PLD se encontró en desventaja con respecto a la competencia. La impopularidad de Miyasawa, así como la reciente deserción de los grupos reformistas y el desprestigio de las facciones, jugaban en su contra. Además, la situación económica no era la mejor. Por otro lado, varios síntomas de descomposición social, tales como la consolidación del poder de la mafia, el deterioro ambiental y la mala condición de vida de las capas económicamente más desprotegidas, eran achacados por los políticos de la oposición a los desaciertos del PLD en el gobierno.

El PLD prometió que adoptaría reformas para combatir la corrupción, aunque nunca especificó cuáles serían las medidas ni señaló un calendario para hacerlo. El partido gubernamental se dedicó más bien a señalar al electorado los peligros que acarrearía al país el ser eventualmente gobernado por una coalición heterogénea de partidos sin experiencia gubernamental, de la que

seguramente sería parte el Partido Social Demócrata, el cual, después de la dimisión de Takako Doi, había adoptado posturas un tanto equívocas. Miyasawa estableció que la mejor manera de ayudar al país a salir de sus dificultades económicas era concediendo un nuevo mandato “al partido que había hecho de Japón una potencia”, en lugar de “hacer experimentos que pusieran en riesgo la estabilidad del país”.

Los partidos de la oposición, sobre todo las escisiones del PLD, tuvieron en la reforma política su principal tema de campaña electoral. Afirmaban que había llegado el momento de “cambiar a Japón radicalmente, de la misma manera que el mundo lo ha venido haciendo desde hace algunos años”. “El país padece un estancamiento político y social peligroso que pone en riesgo el estatus de la nación”, sostenía la oposición, y había llegado la hora de “acabar con la paradoja que constituye el que Japón sea una potencia económica de primer rango que se gobierna mediante un sistema político del Tercer Mundo”. Para ello, alegaron los reformistas durante la campaña, era necesario sustituir el sistema electoral de voto único no transferible, en circunscripciones de representación múltiple, por una fórmula mixta para la elección de los miembros de la Cámara baja y regular estrictamente el financiamiento a los partidos y facciones.

Pocos días antes de la elección, dos cosas quedaban claras: el PLD perdería la mayoría absoluta, pero quedaba en posición de recuperar el poder mediante una coalición con alguno de los grupos disidentes reformistas o con el apoyo de un buen número de legisladores independientes. Sólo en el caso, que en ese momento parecía remoto, de que la oposición en su conjunto (dentro de la cual estaban partidos de todas las tendencias ideológicas) concertara una coalición multipartidista, el PLD perdería el poder.

Los resultados confirmaron todas esas especulaciones. El día de los comicios el PLD sólo obtuvo 33 curules de mayoría absoluta, mientras los partidos reformistas conquistaron en conjunto 103 diputaciones. Cabe decir que todos los legisladores que desertaron del PLD (58) fueron reelectos. El gran perdedor fue el Partido Social Demócrata, que pasó de 136 curules a 70. Por

su parte, el partido budista *Komeito*, el Partido Socialista Democrático y los candidatos independientes obtuvieron ganancias marginales.

Una vez conocidos los resultados empezaron las negociaciones para formar el gobierno. Al PLD no le bastaría el apoyo de diputados independientes afines, por lo que exploró la posibilidad de establecer una coalición con alguno de los partidos escindidos. Los dirigentes del partido hasta ese entonces dominante parecían dispuestos a sacrificar a Miyasawa y nombrar como primer ministro a algún político aceptable para los disidentes. Se pensó en Toshiki Kaifu pero ninguno de los dirigentes reformistas se atrevió a pagar el precio, en términos de desprestigio, que hubiera significado aceptar una alianza con el PLD. Muy pronto los líderes de los tres partidos que se separaron del PLD anunciaron su intención de no entablar negociaciones con el gobierno, con lo que abrieron la puerta a la posibilidad de una coalición multipartidista.

Pasó poco tiempo para que los dirigentes de las organizaciones de oposición (a excepción de los comunistas y de algunos independientes) se pusieran de acuerdo en formar un nuevo gobierno de coalición, encabezado por el presidente del Partido del Nuevo Japón, Morihiro Hosokawa. Se trataba, sin duda, de un distinguido político, descendiente de samurais y nieto de Fumimaro Konoé, quien fue primer ministro dos veces antes de la Segunda Guerra Mundial. Hosokawa representaba una enorme esperanza de renovación para el Japón, pero los retos a enfrentar no eran fáciles. De pronto, los ojos del mundo estaban puestos en Japón y en la suerte de la nueva administración, la cual se propuso como principal meta la celebración de la ansiada reforma política.

Desde el principio, muchos apostaron a que la duración del gobierno de Hosokawa sería breve, condenado por su heterogeneidad y por las maniobras que la estructura burocrática (completamente identificada con el liderazgo del PLD) seguramente efectuaría para entorpecer la reforma. Los escépticos aseguraban que en pocos meses la coalición se disolvería y el PLD volvería al poder, aliado con algunos de los partidos escindidos y entonces

sí, ante el fracaso de la administración multipartidista, podría argumentar que la reforma sólo se podría efectuar con la participación en el gobierno del principal partido político japonés.

Hosokawa estaba consciente de las desventajas de encabezar una administración formada por una coalición de siete partidos. El nuevo primer ministro sabía que pronto aparecerían diferencias de opinión entre las organizaciones coaligadas, por lo que concentró sus esfuerzos en tratar de materializar lo más pronto posible la reforma electoral. Después de varios meses de negociaciones, en marzo de 1994 el Parlamento aprobó finalmente la adopción de un sistema electoral mixto en virtud del cual 300 de los 500 escaños de la Cámara de Diputados (fueron suprimidos 11) serían electos por mayoría de votos en circunscripciones uninominales y 200 mediante una fórmula proporcional. Esta reforma fue confirmada mediante un nuevo voto parlamentario efectuado en noviembre del mismo año.

Tras lograr la reforma electoral, Hosokawa habló de efectuar una reforma fiscal para aumentar los impuestos indirectos y disminuir los directos. De esta forma se pretendía desgravar sensiblemente los ingresos de las clases trabajadoras y asalariadas, severamente penalizadas por los mecanismos fiscales vigentes. De inmediato, los dirigentes del Partido Social Demócrata y Masayoshi Takemura, líder del partido reformista *Sakigake*, protestaron enérgicamente y advirtieron a Hosokawa que jamás aprobarían la iniciativa de modificaciones fiscales. Al mismo tiempo, se hicieron evidentes la diferencias que separaban a Hosokawa de sus aliados Ozawa y Takemura, así como de los socialdemócratas, en lo referente a temas de política exterior y de política económica. Los pesimistas tenían razón, el gobierno coaligado no tardaría en caer.

A principios de abril de 1994, Hosokawa dimitió sorpresivamente. Semanas antes se había descubierto que el primer ministro había desviado el dinero de un préstamo para financiar algunas actividades políticas. Aunque los hechos habían sucedido hacía más de diez años y el dinero no alcanzaba un monto considerable (sobre todo si se compara con las sumas alcanzadas en los grandes escándalos de este tipo que suceden con cierta frecuencia en

Japón), Hosokawa decidió renunciar, más por estrategia política que como consecuencia del hecho en sí. Después de darse cuenta de la inutilidad de encabezar un gobierno tan conflictivo, condenado irremediabilmente al fracaso, Hosokawa, quien durante su mandato rompió todos los récords de popularidad de la posguerra para un primer ministro, prefirió replegarse al Parlamento (en el cual encabeza ya a un importante grupo reformista) y esperar la celebración de elecciones, donde su partido trataría de conquistar una posición más sólida.

Hosokawa fue sustituido por Tsutomu Hata, quien a los pocos días de tomar posesión se enfrentó con el Partido Social Demócrata, que sigue siendo la organización más grande en el Parlamento después del PLD. Las fricciones dentro del gobierno de coalición provocaron muy pronto su caída. Para sustituir a Hata fue nombrado como premier el dirigente del Partido Social Demócrata, Tomiichi Murayama, al frente de una inusual alianza entre su partido y el PLD. Todo este terremoto político transformó radical y aceleradamente al sistema de partidos japonés. Mientras que la oposición se realineó, en diciembre de 1994, con la formación del Partido Nueva Frontera (PNF, *Shinshinto*), en el cual convergieron todas las organizaciones que se habían escindido del partido hegemónico y el *Komeito*, el PLD seguía debilitándose a causa de nuevas defecciones en su interior, la más notoria de todas la del ex premier Kaifu. Asimismo, el Partido Social Demócrata corría el riesgo de desaparecer de la escena si es que llegaba a concretarse el llamado del importante grupo disidente encabezado por Wataru Kubo de abandonar esta organización para fundar una nueva organización política.

3.2. *Las elecciones de 1996 y el fracaso del Partido Nueva Frontera*

Con la celebración de nuevos comicios generales se esperaba que se concretara una drástica alteración del sistema de partidos. Se estaba abriendo en Japón una etapa de incertidumbre política, en la que cualquier cosa podía pasar. Mientras que la oposición

se mantenía profundamente dividida, a pesar de la fusión que dio origen al Partido Nueva Frontera, el Partido Liberal Democrático tampoco estaba en su mejor momento. Las facciones, dirigidas casi todas ellas por personajes menores, iban en declive y se manejaban, como nunca antes, como partidos independientes.

Sin embargo, las cosas no sucedieron como muchos esperaban. La oposición fue incapaz de mantenerse unida y de presentar una opción plausible de gobierno. El Partido Nueva Frontera se vio afectado por el personalismo de sus dirigentes, y la oposición exhibió inestabilidad y oportunismo. Hacia mediados de 1996, aproximadamente 50% de los diputados de la Dieta electa tres años antes eran “tránsfugas” que habían abandonado por lo menos a un partido para integrarse a otro distinto, e incluso había casos de diputados que, se decía, habían “comprado boletos de ida y vuelta” en lo que respecta a su afiliación partidista.

La incapacidad de la oposición para organizar una alternativa de poder y la de los liberaldemócratas de encabezar una reforma a fondo de la política y de la administración pública japonesas estaba provocando una creciente y preocupante apatía entre el electorado, que cada vez creía menos en los partidos. Las manifestaciones más graves del profundo escepticismo ciudadano se produjeron durante las elecciones municipales de 1995, cuando varios candidatos ajenos a los partidos tradicionales fueron electos alcaldes de ciudades importantes de Japón. Los casos más sonados fueron los de Tokio, donde triunfó un escritor, y Osaka, ahora gobernada por un ex payaso profesional.

Por otra parte, en enero de 1996 Murayama fue sustituido como primer ministro por Ryutaro Hashimoto, quien había asumido la dirección del PLD. El nuevo jefe de gobierno demostró pronto ser un político dinámico y astuto que supo aprovechar los errores y el divisionismo de la oposición al mismo tiempo que reorganizaba al PLD. El liderazgo de Hashimoto fue lo suficientemente fuerte como para que a pesar del innegable desprestigio del PLD y de la crisis económica, que se agravó en 1996, el gobierno recuperara algo de credibilidad.

En el otoño de 1996, las encuestas indicaban una sorprendente recuperación del PLD, por lo que Hashimoto decidió disolver la

Cámara baja de la Dieta y adelantar la celebración de elecciones, mismas que se efectuaron el 20 de octubre de ese año.

El mismo día en que se convocó a estas elecciones fue fundado el Partido Democrático de Japón, encabezado por Yukio Hatoyama y Naoto Kan, este último ministro de Salud, que se hizo muy popular al denunciar las negligencias que llevaron a la distribución de sangre contaminada con el virus del SIDA. El nuevo partido cobró una fuerza inusitada.

En las elecciones, el Partido Liberal Democrático salió como el triunfador y quedó apenas a 11 escaños de conquistar la mayoría absoluta, contra la mayor parte de los pronósticos que supusieron, durante varias semanas, una competencia más reñida. Con este resultado, Hashimoto fue capaz de mantenerse en el gobierno, a pesar de que dos o tres años atrás el PLD parecía condenado a la desaparición a causa de su enorme impopularidad y de haber perdido la confianza de los electores.

Sin embargo, gracias a la incompetencia de la oposición y a la sagacidad del primer ministro, el PLD logró sobrevivir. Hashimoto efectuó una enérgica campaña en la que prometió reformas administrativas, políticas y fiscales pero, sobre todo, explotó el nacionalismo siempre latente de sus connacionales y ofreció devolver a Japón una posición de “primera línea” en el concierto internacional. Para ello ayudó mucho la actitud beligerante asumida en los últimos meses por China respecto a sus vecinos y la creciente inestabilidad en Rusia.

Asimismo, vale la pena destacar que la nueva fórmula electoral terminó por beneficiar al PLD, ya que éste, gracias a su mejor organización y mayor disposición de recursos, tuvo la posibilidad de ganar la mayor parte de los distritos uninominales (se llevó 169 de los 300) pese a que, a nivel nacional, no rebasó ni de lejos el 50% de la votación. Es decir, los liberaldemócratas obtuvieron una notable sobrerrepresentación en la Cámara baja de la Dieta, lo que ayudaría poco a los impulsos reformistas.

Con los resultados electorales, el Partido Liberal Democrático perdió la mayoría absoluta en el Parlamento. Los comunistas elevaron su representación en la Dieta y los socialdemócratas quedaron al borde de la desaparición.

En los comicios del 20 de octubre de 1996 la apatía electoral se tradujo en más de 40% de abstencionismo.

En Japón, a pesar de que el Partido Liberal Democrático se mantiene como la organización política más grande del país, el panorama partidista se ha trastocado de tal forma que ahora es completamente irreconocible. A pesar de su reciente triunfo, el PLD es más cuestionado que nunca, mientras que la oposición tradicional, representada sobre todo por los socialdemócratas, se ha debilitado irremediamente y los nuevos partidos, producto de las numerosas escisiones que han padecido los liberaldemócratas y los socialdemócratas durante los últimos años, no han logrado consolidar una opción auténticamente poderosa y popular.

A lo anterior se suma que el Partido Nueva Frontera, donde confluyeron la mayor parte de los disidentes del PLD y el cual quedó como la segunda fracción parlamentaria más numerosa tras los comicios de 1996, fue disuelto en diciembre de 1997, fulminado por el agudo personalismo de sus dos principales líderes: Ozawa y Hata. De la disolución del Partido Nueva Frontera surgieron varias organizaciones nuevas, de entre las que destacan el Nuevo Partido del Gobierno Limpio (*Komeishin-to*), resurrección del viejo *Komeito*; el Partido Liberal (*Jiyuto Shinto*), liderado por Ozawa; el Club Reformista (*Kaikaku Kurabu*), encabezado por Hata; la Voz del Pueblo (*Kokumin no Koe*), de orientación conservadora; y tres organizaciones de carácter budista: el Nuevo Partido de la Fraternidad (*Shinto Yauai*), el Club Amanecer (*Reimei Kurabu*) y el Nuevo Partido Pacifista (*Shinto Heima*).

Pese al holgado triunfo del PLD (o quizás, a causa de él), el panorama político japonés es ahora más incierto. El profundo desprestigio de la clase política, el notable incremento del abstencionismo, el escepticismo ciudadano, la patente falta de voluntad política de los gobernantes liberaldemócratas para iniciar la tarea de transformación de las instituciones del país, el personalismo y falta de imaginación de la oposición y, ahora, la retórica nacionalista, son factores que ponen en entredicho a la democracia nipona. El camino de la reforma no será llano y recto. Lo que

hace falta en Japón es, ni más ni menos, una revolución mental que propicie el establecimiento una nueva cultura política donde el patrimonialismo y el clientelismo, principales obstáculos para el advenimiento de un gobierno más democrático y eficiente, queden desterrados.